

**Nicolás Maquiavelo**

# **EL PRÍNCIPE**

Espino Jimenez Andree Fernando



duque Ludovico que hiciese un poco de ruido en las fronteras, para hacérselo perder la segunda se necesitó que todo el mundo se concertase en su contra, y que sus ejércitos fuesen aniquilados y arrojados de Italia; lo cual se explica por las razones antedichas.

Desde luego, Francia perdió a Milán tanto la primera como la segunda vez. Las razones generales de la primera ya han sido discurrecidas; quedan ahora las de la segunda, y queda el ver los medios de que disponía o de que hubiese podido disponer alguien que se encontrara en el lugar de Luis XII para conservar la conquista mejor que él.

Estos Estados, que al adquirirse se agregan a uno más antiguo, o son de la misma provincia y de la misma lengua, o no lo son. Cuando lo son, es muy fácil conservarlos, sobre todo cuando no están acostumbrados a vivir libres; y para afianzarse en el poder, basta con haber borrado la línea del príncipe que los gobernaba, porque, por lo demás, y siempre que se respeten sus costumbres y las ventajas de que gozaban, los hombres permanecen sosegados: como se ha visto en el caso de Borgoña, Bretaña, Gascuña y Normandía, que están unidas a Francia desde hace tanto tiempo; y aun cuando hay alguna diferencia de idioma, sus costumbres son parecidas y pueden convivir en buena armonía. Y quien los adquiriera, si desea conservarlos, debe tener dos cuidados: primero, que la descendencia del anterior príncipe desaparezca; después, que ni sus leyes ni sus tributos sean alterados. Y se verá que en brevísimo tiempo el principado adquirido pasa a constituir un solo y mismo cuerpo con el principado conquistador.

Pero cuando se adquieren Estados en una provincia con idioma, costumbres y organización diferentes, surgen entonces las dificultades y se hace preciso mucha suerte y mucha habilidad para conservarlos; y uno de los mejores y más eficaces remedios sería que la persona que los adquiriera fuese a vivir en ellos. Esto haría más segura y más duradera la posesión. Como ha hecho el Turco con Grecia; ya que, a despecho de todas las disposiciones tomadas para conservar aquel Estado, no habría conseguido retenerlo si no hubiese ido a establecerse allí. Porque, de esta manera, se ven nacer los desórdenes y se los puede reprimir con prontitud; pero, resistiendo en otra parte, entera uno cuando ya son grandes y no tienen remedio. Ad

## CAPITULO III

### DE LOS PRINCIPADOS MIXTOS

Pero las dificultades existen en los principados nuevos. Y si no es nuevo del todo, sino como miembro agregado a un conjunto anterior, que puede llamarse así mixto, sus incertidumbres nacen en primer lugar de una natural dificultad que se encuentra en todos los principados nuevos. Dificultad que estriba en que los hombres cambian con gusto de señor, creyendo mejorar; y esta creencia los impulsa a tomar las armas contra él; en lo cual se engañan, pues luego la experiencia les enseña que han empeorado. Esto resulta de otra necesidad natural y común que hace que el príncipe se vea obligado a ofender a sus nuevos súbditos, con tropas o con mil vejaciones que el acto de la conquista lleva consigo. De modo que tienes por enemigos a todos los que has ofendido al ocupar el principado, y no puedes conservar como amigos a los que te han ayudado a conquistarlo, porque no puedes satisfacerlos como ellos esperaban, y puesto que les estás obligado, tampoco puedes emplear medicinas fuertes contra ellos; porque siempre, aunque se descansen en ejércitos poderosísimos, se tiene necesidad de la colaboración de los "provincianos" para entrar en una provincia. Por estas razones, Luis XII, rey de Francia, ocupó rápidamente a Milán, y rápidamente lo perdió; y bastaron la primera vez para arrebátárselo las mismas fuerzas de Ludovico; porque los pueblos que le habían abierto las puertas, al verse defraudados en las esperanzas que sobre el bien futuro habían abrigado, no podían soportar con resignación las imposiciones del nuevo príncipe.

Bien es cierto que los territorios rebelados se pierden con más dificultad cuando se conquistan por segunda vez, porque el señor, aprovechándose de la rebelión, vacila menos en asegurar su poder castigando a los delincuentes, vigilando a los sospechosos y reforzando las partes más débiles. De modo que, si para hacer perder Milán a Francia bastó la primera vez un

## DE LOS PRINCIPADOS HEREDITARIOS

Dejaré a un lado el discurrir sobre las repúblicas porque ya en otra ocasión lo he hecho extensamente. Me dedicaré sólo a los principados, para ir tejiendo la urdimbre de mis opiniones y establecer cómo pueden gobernarse y conservarse tales principados.

En primer lugar, me parece que es más fácil conservar un Estado hereditario, acostumbrado a una dinastía, que uno nuevo, ya que basta con no alterar el orden establecido por los príncipes anteriores, y contemporizar después con los cambios que puedan producirse. De tal modo que, si el príncipe es de mediana inteligencia, se mantendrá siempre en su Estado, a menos que una fuerza arrolladora lo arroje de él; y aunque esto último sucediese, sólo tendría que esperar, para reconquistarlo, a que el usurpador sufriera el primer tropiezo.

Tenemos en Italia, por ejemplo, al duque de Ferrara, que no resistió los asaltos de los venecianos en el 84 (1484) ni los del papa Julio en el 10 (1510), por motivos distintos de la antigüedad de su soberanía en el dominio. Porque el príncipe natural tiene menos razones y menos necesidad de ofender: de donde es lógico que sea más amado; y a menos que vicios excesivos le atraigan el odio, es razonable que le quieran con naturalidad los suyos. Y en la antigüedad y continuidad de la dinastía se borran los recuerdos y los motivos que la trajeron, pues un cambio deja siempre la piedra angular para la edificación de otro.

# DE LAS DISTINTAS CLASES DE PRINCIPADOS Y DE LA FORMA EN QUE SE ADQUIEREN

Todos los Estados, todas las dominaciones que han ejercido y ejercen soberanía sobre los hombres, han sido y son repúblicas o principados. Los principados son, o hereditarios, cuando una misma familia ha reinado en ellos largo tiempo, o nuevos. Los nuevos, o lo son del todo, como lo fue Milán bajo Francisco Sforza, o son como miembros agregados al Estado hereditario del príncipe que los adquiere, como es el reino de Nápoles para el rey de España. Los dominios así adquiridos están acostumbrados a vivir bajo un príncipe o a ser libres; y se adquieren por las armas propias o por las ajenas, por la suerte o por la virtud.

Espino Jimenez

reciba, pues, vuestra Magnificencia con el mismo ánimo con que yo lo hago; si lo lee, y medita con atención, descubrirá en él un vivísimo deseo mío: el de que vuestra Magnificencia llegue a la grandeza que el destino y sus virtudes le auguran. Y si vuestra Magnificencia, desde la cúspide de su altura, vuelve alguna vez la vista hacia este llano, comprenderá cuán inmerecidamente soporto una grande y constante malignidad de la suerte.

Espino Jimenez Andree Fernando

# NICOLAS MAQUIAVELO AL MAGNIFICO LORENZO DE MEDICIS

Los que desean congraciarse con un príncipe suelen presentársele con aquello que reputan por más precioso entre lo que poseen, o con lo que juzgan más ha de agradarle; de ahí que se vea que muchas veces le son regalados caballos, armas, telas de oro, piedras preciosas y parecidos adornos dignos de su grandeza. Deseando, pues, presentarme ante Vuestra Magnificencia con algún testimonio de mi sometimiento, no he encontrado entre lo poco que poseo nada que me sea más caro o que tanto estime como el conocimiento de las acciones de los hombres, adquirido gracias a una larga experiencia de las cosas modernas y a un incesante estudio de las antiguas. Acciones que, luego de examinar y meditar durante mucho tiempo y con gran seriedad, he encerrado en un corto volumen, que os dirijo.

Y aunque juzgo esta obra indigna de Vuestra Magnificencia, no por eso confío menos en que sabréis aceptarla, considerando que no puedo haceros mejor regalo que ponerlos en condición de poder entender, en brevísimo tiempo, todo cuanto he aprendido en muchos años y a costa de tantos sinsabores y peligros. No he adornado ni hinchado esta obra con cláusulas interminables, ni con palabras ampulosas y magníficas, ni con cualesquier atractivos o adornos extrínsecos, cual muchos suelen hacer con sus cosas; porque he querido, o que nada la honre, o que sólo la variedad de la materia y la gravedad del tema la hagan grata. No quiero que se mire como presunción el que un hombre de humilde cuna se atreva a examinar y criticar el gobierno de los príncipes. Porque así como aquellos que dibujan un paisaje se colocan en el llano para apreciar mejor los montes y los lugares altos, y para apreciar mejor el llano escalan los montes, así para conocer bien la naturaleza de los pueblos hay que ser príncipe y para conocer la de los príncipes hay que pertenecer al pueblo.

propiedad privada y no agraviar a las mujeres. El arma del disimulo la resume así Maquiavelo: "Todo el mundo ve lo que parecéis, pocos conocen a fondo lo que sois, y este pequeño número no se atreverá a levantarse contra la opinión de la mayoría, sostenida, además, por la majestad del poder soberano." Todos los medios son buenos si el fin es bueno. Lo importante son los resultados, cualesquiera que sean las armas. "Que el príncipe piense en conservar su vida y su estado; si lo consigue, todos los medios empleados serán juzgados honorables y alabados por todo el mundo; el vulgo es seducido siempre por la apariencia y por los acontecimientos."

La gloria del nuevo príncipe radicará en la doble gloria de haber fundado un estado nuevo y de haberlo mantenido y defendido con "buenas leyes, buenas armas, buenos aliados y buenos ejemplos".

Espino Jimenez Andree Fernandez



En el capítulo IX se trata del principado civil, o sea, del poder adquirido por un medio distinto a los anteriores: el favor de los ciudadanos. Este favor puede ser o de los grandes o del pueblo. Es preferible que sea del pueblo que de los poderosos, porque entre los poderosos tiene muchos iguales. "Debe, pues, aquel que llega a príncipe por el favor popular conservarlo amigo, lo cual le es fácil, pues el pueblo pide de él no ser oprimido".

En el capítulo siguiente, Maquiavelo estudia la forma de impedir que al príncipe le sea arrebatado el principado por los enemigos externos. Para evitar a estos enemigos, lo deseable sería fortificar bien el principado y poseer la fuerza de hombres armados y dinero.

Existen unos principados especiales, estos son los principados eclesiásticos. Aunque también se consiguen por fortuna o por virtud, lo extraño es que para conservarlos no se requiera de ninguna de las dos, pues "es Dios quien los eleva y mantiene".

A continuación vienen tres capítulos dedicados al estudio de los armamentos que debe tener el príncipe. Los soldados pueden ser de tres tipos: mercenarios, auxiliares y nacionales. Maquiavelo da una gran importancia a la milicia nacional, porque solamente los hijos de la patria serán capaces de defenderla.

Propuesta su teoría sobre los principados, Maquiavelo va a hablar, a continuación, de los príncipes (capítulo XV en adelante). ¿Cómo debe ser el príncipe nuevo?

Dos temores debe tener todo príncipe: temor por los enemigos internos y temor por los vecinos. Un príncipe debería reunir todas las buenas cualidades, pero esto no es posible; por tanto, debe aprender a ser bueno y a no serlo, según las circunstancias, pero siempre aparentará serlo (apariencia). Maquiavelo parte de que la condición humana es ingrata, inconstante, disimulada, cobarde...; por tanto, es mejor que el príncipe sea temido que amado. Son dos, principalmente, las cualidades que reuniría el príncipe ejemplar: apariencia y producir temor. Aparentando ser lo que no es, debería mostrarse como bueno siendo astuto, sagaz, hipócrita, engañoso, traidor, ingenioso y práctico. Para ser temido debe ser fuerte y poseer la fuerza de la milicia. Ante sus súbditos aparecerá como piadoso, leal, humano, íntegro y religioso. Lo que más debe evitar el príncipe es el odio de su pueblo; por ello debe respetar la

Los principados nuevos se pueden conseguir con la virtud o con la fortuna. La primera forma, la virtud, consiste en el coraje y la fuerza de las armas. Si un principado se adquiere por la fuerza, se debe estar convencido de que solamente por la fuerza podrá mantenerse. La máxima que nos ofrece es: "Todos los profetas armados han vencido; desarmados se han arruinado". Como los pueblos son inconstantes y volubles, hay que saber utilizar la fuerza para convencerlos.

La segunda forma de adquirir un principado es por la fortuna, es decir, con fuerzas ajenas que ayudan a conseguirlo. Estos Estados son difíciles de mantener, porque el príncipe depende de su buena suerte y no posee la fuerza de las armas. Pero puede darse el caso de que el príncipe prevea esa dificultad y se arme de fuerza para conservar con energía lo que había conseguido con facilidad. Este es el caso de César Borgia, que llega a príncipe por la fortuna de su padre, el papa Alejandro VI, y que utiliza la fuerza para eliminar adversarios y la astucia para conseguir alianzas, y de esta manera se afianza en el poder.

Se puede llegar al poder de un nuevo principado por medio de crueldades. Las crueldades son de dos tipos: las bien practicadas y las mal practicadas. (Obviamente, en este contexto de Maquiavelo mal y bien no tienen sentido moral, sino de eficacia, de utilidad pragmática.) Buenas crueldades son aquellas que emplea el príncipe al comienzo de su ejercicio y que son necesarias para consolidar el gobierno. Estas crueldades, según Maquiavelo, deben realizarse con celeridad y prontitud, sin postergarlas, pues su eficacia dependerá de la rapidez para eliminar enemigos. De esta forma, además, se evitará que los ciudadanos vivan atemorizados todo el tiempo, y que los poderosos y posibles enemigos internos confabulen contra él. Malas crueldades son las contrarias a las primeras, aquellas que no se practican al inicio del gobierno y que se alargan, creando malestar ciudadano, inseguridad y miedo. Igualmente, al no realizarlas con eficacia, se puede permitir que la conspiración prospere y se pierda el poder. Maquiavelo, en su Historia de Florencia, había dicho: "Acercas de los hombres poderosos, o no hay que tocarlos o cuando se los toca hay que matarlos". En definitiva, la utilidad de la crueldad descansa en la rapidez para eliminar contrincantes poderosos y en la eficacia de la crueldad para mantenerse en el poder con medidas certeras.

y que, con Ariosto y Tasso, forma parte de las grandes figuras de la literatura italiana del siglo XVI. A pesar de ser contemporáneo de Leonardo, Rafael Miguel Angel, Tiziano y Cellini, no fue opacado por estos grandes hombres, y en su tumba de la iglesia de la Santa Croce, junto a los restos de Galileo, estas palabras nos hablan de su grandeza: *Tanto nomini nullum par elogium* (Ningún elogio podrá expresar la grandeza de este nombre: Nicolás Maquiavelo).

Lorenzo de Médicis, duque de Urbano o Urbino, recibió (1516) el manuscrito de *El Príncipe*, pero no fue publicado hasta cuatro años después de la muerte de Maquiavelo, es decir, hasta 1531. Lo que se propuso Maquiavelo con la pequeña obra era, como él mismo nos lo dice, “investigar lo que es un principado, de cuántas clases los hay, cómo se adquieren, cómo se los conserva y cómo se pierden”. En definitiva, es la teoría de cómo obtener el poder, defenderlo y mantenerlo.

En la obra se pueden observar claramente dos partes. La primera trata de los principados, o sea, lo opuesto a las repúblicas. La segunda parte habla del comportamiento político de los jefes de esos principados, es decir, los príncipes. Sobre las repúblicas hablará en sus “Discursos sobre Tito Livio”.

Los principados pueden ser de tres clases: antiguos, nuevos y mixtos. Los antiguos son los hereditarios, y son fáciles de conservar; por ello, Maquiavelo se fijará en los nuevos. La dificultad está en adquirir y conservar un principado nuevo. Hay unos Estados que se anexionan a otros ya sea por las armas o por matrimonio: éstos son los principados mixtos.

Para que un principado funcione, necesita de “buenas leyes y buenas armas”. No puede haber leyes donde falta la fuerza de las armas. Pero Maquiavelo no llama buenas armas a los condotieros, a los ejércitos de mercenarios, porque son ambiciosos, volubles e indisciplinados. Para Maquiavelo, las buenas tropas son las formadas con los hijos del pueblo, las tropas nacionales. Por ejemplo, habiendo conseguido Savonarola el poder, no pudo mantenerlo por carecer de la fuerza de las armas. Maquiavelo corrige entonces que las armas son indispensables para mantenerse en el poder de un nuevo principado.

Maquiavelo investiga los nuevos principados, la manera de conseguirlos y la forma de mantenerlos y defenderlos contra enemigos internos y externos.

prosista en las páginas de ciencia política que le han inmortalizado.

De esta época de desilusión, pobreza y creación, se conserva una carta dirigida a su amigo Vettori embajador de Florencia en Roma. En ella nos habla de que caza tordos, vaga por el bosque, se refugia en la cantina y juega a los naipes. En sus paseos lee a Dante, Petrarca u Ovidio. Llegada la noche, comienza la verdadera actividad intelectual de Maquiavelo. Nos dice en la carta: "Llegada la noche, vuelvo a casa y entro en mi cuarto de trabajo. A la puerta me despojo de mis ropas rústicas, llenas de fango y de lodo; me pongo ropas limpias y de etiqueta, y así, decentemente vestido, penetro en las antiguas cortes de los hombres antiguos. Acogido por ellos con amor, me nutro con ese alimento, el único que me conviene y para el que he nacido."

En la soledad de la noche, Maquiavelo se instruye y combina su experiencia política con la sabiduría de los grandes hombres de la antigua Roma, y así nace El Príncipe. De esa creación a la que dedica las mejores horas de la noche, nos manifiesta: "Examinó lo que es un principado, cuántas especies hay, cómo se los adquiere, cómo se los conserva y cómo se los pierde. Y si jamás alguno de mis trabajos os ha gustado, éste estoy seguro que os gustará. Debería ser agradable a un príncipe, y sobre todo a un príncipe nuevo. Por eso lo he dedicado a la magnificencia de Giuliano" (éste es Julián de Médicis a quien pensaba dedicar la obra; finalmente la dedicará a Lorenzo de Médicis, nieto de Lorenzo el Magnífico). Maquiavelo ha caído en desgracia frente a los Médicis por haber colaborado anteriormente con la República de Florencia, pero desea fervientemente congraciarse con ellos para proseguir en su carrera pública, que ya nunca será política, sino de teorizador político y de historiador. En su ya mencionada carta, declara ese anhelo: "Me consumo en esta soledad y no puedo permanecer así mucho tiempo sin caer en la miseria y en la desesperación. Desearía, pues, que los Médicis consintiesen en emplearme, aunque no fuese más que en acarrear piedras. Si no conquisto su benevolencia, yo solo tendré la culpa."

Esta es Florencia, y ésta es la génesis del pequeño libro de política que llevaba el título De Principatibus, o sea, de los principados, y que se conoce con el nombre de El Príncipe. Y éste es Maquiavelo, uno de los más grandes prosistas de Italia,

el vicio, y sobre todo el vicio de los sacerdotes. Ataca al papa Borgia Alejandro VI, y Savonarola es excomulgado.

Después de varios procesos y torturas es ahorcado y quemado en mayo de 1498; las cenizas son lanzadas al río Arno. A los veintinueve años de edad, Maquiavelo es nombrado secretario de la segunda Cancillería de la República de Florencia. Coincidentemente, esto ocurre en junio de 1498, un mes más tarde de la muerte de Savonarola. En este cargo permanecerá hasta ser destituido de su puesto con el regreso de los Médici en 1512. Es durante esta época cuando Maquiavelo lleva una vida diplomática bastante agitada y en donde aprenderá consecuentemente, en forma práctica, las artimañas y argucias de la política.

Una de las misiones diplomáticas le puso en contacto con César Borgia, hijo del papa Alejandro VI. Maquiavelo se había casado con Marietta Ludovico Orsini. Una misión encomendada en 1502 le llevó a Roma y estuvo en contacto con el sanguinario César Borgia hasta fines de enero de 1503. Maquiavelo veía en César Borgia al hombre capaz de unificar Italia, al príncipe sin escrúpulos adornado con una fuerza (virtú) capaz de lograr todas sus ambiciones y, sobre todo, al hombre que podría llevar a hacer de Italia una de las grandes potencias europeas.

No ocurrió así. En 1512, Florencia fue tomada por asalto y entregada al saqueo. Todos los funcionarios de la República fueron destituidos de sus cargos y con ellos Maquiavelo dejó su puesto. El cardenal Juan de Médicis era el nuevo gobernante.

A partir de ahora, Maquiavelo llevará una vida difícil. Maquiavelo es un hombre olvidado que aspira nuevamente a lograr algún día un puesto público.

Maquiavelo ha perdido su puesto de hombre público, pero ha conseguido ocio, tiempo libre para dedicarse a pensar y a escribir. Retirado en su pequeña propiedad de San Casciano, a unas siete millas de Florencia, se siente pobre, menospreciado, vacío y sin honores. "Como reacción, entregase a los placeres sensuales; se burlaba de todo y de todos; es decir, se refugiaba en su picante y mordiente capacidad satírica, para amortiguar los dolores de su humillación". Escribió en esta crisis versos irónicos y planificó comedias indecentes, pero aliviado por la paz del retiro, comenzó muy pronto su trabajo de

de intereses extraños. En las guerras subsiguientes, descolló como héroe uno de esos personajes que parecen arrancados a los cuentos o a los libros de caballería: Héctor Fieramoscas (1503). Mas la presencia de estos enérgicos paladines sirvió de poco a la patria, repartida entre franceses y españoles.

De ésta manera, existiendo en la península por lo menos tres grandes y poderosos estados, Roma, Venecia y Milán, que operando juntos y avenidos pudieron haber expulsado a los invasores de todas clases, no se produjo la alianza. Sus rivalidades y particularismos, borrarón toda posibilidad de la unificación italiana

A la edad de nueve años, Maquiavelo asistió a la conjuración de los Pazzi contra Lorenzo de Médicis, llamado "el Magnífico" por su afición a las artes. La conjuración de 1477, contra Lorenzo de Médicis, nieto de Cosme, fracasó rotundamente. Lorenzo de Médicis murió en 1492, y su sucesor, Pedro de Médici, tuvo que huir de la ciudad en 1494 por la furia del pueblo amotinado por pactar una paz arbitraria con el rey francés Carlos VIII que amenazaba al Estado.

El paganismo, los lujos y el dinero relajaron las costumbres de los florentinos, desataron las pasiones, y la moral se fue al traste. Contra esta existencia regulada por el gozo de vivir y regida por la inmoralidad en todos los campos de la vida pública y privada, se levantará la voz encendida del padre dominico Jerónimo Savonarola, azuzando al pueblo para que se arrepintiese de sus pecados y renunciase a las frivolidades e impiedades. Savonarola desenmascara a todos los florentinos, anuncia la catástrofe de Florencia y exhorta al pueblo a luchar no contra los enemigos terrenales, sino contra los enemigos del alma: la usura, el lujo, la lujuria y los Médicis, como responsables del estado de cosas de Florencia. Desde el púlpito de la iglesia de San Marcos, reconstruida por Cosme de Médicis y donde éste se retiraba para conseguir paz y ciencia, Savonarola enardece los ánimos de los ciudadanos y les instiga para que se levanten contra el gobierno de los Médicis.

Maquiavelo, en su juventud, había presenciado el poder del dinero y la política; ahora presenciaba el poder de Dios.

Restablecida la República en Florencia, Savonarola funda una democracia teocrática y puritana. Dios es el poder; las buenas costumbres y la religión son sus leyes. Savonarola odia

Massaccio, Fray Angélico, Fray Fifippo Lippi y Botticelli, sin nombrar otros muchos. Todos ellos ofrecerían gustosos un sitio junto al suyo a los genios que iban a seguirles, a saber: Miguel Angel Buonarroti, Rafael, Leonardo, Tintoretto y Tiziano, sin olvidar a Benvenuto Cellini, singular complejo de artista genial y de aventurero peligroso.

Erasmus ya proyectaba su luz de tolerancia, comprensión mutua y tendencia a la fusión pacífica de las luces nuevas, tan duramente combatida más tarde por Martín Lutero, apóstol de la ferocidad puesta servicio de la religión, yendo aun más allá que Calvino, al respecto. Y no obstante, ni ellos pudieron sacudirse el influjo del "morbo" artístico, ya que Lutero cultivó la música y el canto y Calvino se ganó un escaño en la lengua y la literatura francesa.

Aquella extraordinaria mezcla de méritos y felonías que caracterizaba buena parte del Renacimiento debió verse agudizada por los hechos que sacudieron las almas, dando origen a la venida al mundo de seres igualmente extraordinarios, capaces de absorber e interpretar el espíritu de la época. La circunstancia de no haberse podido lograr la unificación del país en un sólido bloque de pueblos hermanos, motivó que las potencias más o menos vecinas, ambicionasen cada cual una buena tajada para sí. La Francia de Carlos VIII, la España de los Reyes Católicos y el Imperio de Maximiliano de Austria, llevaron de nuevo la guerra a los confines de Italia: Francia, alegando derechos de solera angevina, reclamó el reino de Nápoles que le disputó España. Ésta con la alianza que estableció con Venecia y con el Papado, logró que Carlos VII hiciera marcha atrás, a pesar de que había sido Ludovico el Moro, duque de Milán, quien por odio a Fernando de Aragón, le abrió la frontera. Debemos recordar que Milán y Venecia no se llevaban bien desde siempre.

Las fatídicas guerras de Italia, hicieron derramar mucha sangre inocente y no pudieron menos de perjudicar abiertamente la poderosa economía de las ciudades-estados. Luis XII perseveró en la política de su antecesor Carlos VIII y acabó por adueñarse del Ducado de Milán. A partir de la batalla de Fornovo, en que soldados italianos lucharon contra otros de su misma raza y lengua (1495), la paz y el equilibrio que se fomentó en 1454 se había convertido en un mito, siempre a favor

lumbrantes ciudades-estados, como Milán, Florencia, Venecia, Génova y Nápoles. Roma volvía a ser lo que fue. Una noble y franca confederación de todos ellos, pudo haber constituido ya en los años cuatrocientos una Italia rica y prepotente por la fuerza y por el espíritu. No fue así: en aquella hora solemne de la resurrección del saber, entorpecida por el obscurantismo de la Edad Media, cuando el Humanismo, de Erasmo, de Moro, de Vives, prometía una convivencia universal de la más alta calidad política, no hubo manera de llegar a un entendimiento entre los intereses y las ambiciones de las grandes familias. Se pactó, eso sí, la paz de Lodi, que duró cuarenta años y sirvió para restañar tanta sangre vertida y tanta riqueza malbaratada. Pero la ansiada Unidad italiana, que parece haber sido ya anhelo de Lorenzo el Magnífico, brilló por su ausencia. Por fortuna el fin del siglo, estableció por lo menos una política de equilibrio, entre los colosos de Adriático y los del Tirreno.

Pero hubo más: la espada y el mandoble, que durante todo el tumultuoso transcurso de los siglos medievales, a pesar de tantas querellas y violencias, no logró asfixiar nunca del todo los poderes del espíritu. Es de notar que en medio de la zarabanda trágica de los siglos XII y XIII, en el corazón de la Italia poseída por el espíritu de Orlando el Rabioso, germinó ya un florecimiento de amor y mansedumbre simbolizado por la gran figura de Francisco de Asís, y sus seguidores. Este avatar místico, coincidió con la tendencia al arte, al lujo y a la riqueza que fomentaron las familias opulentas, que, en medio de altibajos en sus luchas daban pábulo y aliento a esclarecidas flores, que merecieron el desinteresado mecenaje de los grandes: Cosme y Lorenzo Médicis, los Sforza, los Ferrara, los Pítti, los Strozzi, más las cortes de Mantua y de Urbino, sin abdicar de su poco loable deseo de imponer a la fuerza su hegemonía, supieron tender cables salvadores a la inteligencia, al saber y al refinamiento de una sociedad altamente civilizada. Esto hizo posible que al término del llamado quattrocento y producirse el llamado Renacimiento, el pensamiento italiano recogiera la herencia de Dante, de Petrarca, de Pico de la Mirándola y tantos más, a los cuales no tardaría en unir su nombre, Nicolás Maquiavelo. En las Artes como la Arquitectura, descollarían Brunelleschi, Bramante y como escultores Donatello, Verrocchio y Ghiberti. La pléyade de los pintores, se vería enriquecida con



huella de su paso que el nombre que sigue llevando hoy el territorio que ocuparon: Lombardía.

Los pueblos que se habían apostado en Italia, no como conquistadores a mano armada, sino como emigrantes pacíficos, se acomodaron deprisa a las ideas, usos y costumbres de los aborígenes peninsulares y el cristianismo, que poco a poco se fue aceptando por los idólatras germánicos, ayudó mucho a la fusión que repugnaba a los longobardos. El gran Pontífice Gregorio Magno destacó en su misión evangelizadora.

El rodar de los siglos en la cuesta gigantesca de las edades, trajo sucesivamente multitud de hechos y efemérides que no nos compete sino citar, sin adentrar en ellos: la creación por Carlomagno del Sacroromano Imperio y el surgimiento del sistema feudal en substitución de las hegemonías. Un efímero reino de Italia, formado en 888, tendiente a la unificación de la península, fue barrido poco después, ya que el verdadero poder radicaba en los señores tudescos, que el emperador apoyaba porque le eran necesarios. Italia, de hecho pasó a ser una provincia germana. Pudo decirse que existían tantas Italías como ciudades importantes con sus respectivos señoríos. Esto no sólo trajo consigo la desmembración del país, sino que fue un semillero de guerras, no por pequeñas menos feroces y sangrientas. La iglesia, por su parte, atravesó dolorosas crisis y entró en conflicto con los emperadores, originándose la llamada Guerra de las Investiduras, que tuvo la virtud de dividir a los italianos en dos clanes irreconciliables: güelfos y gibelinos. La tremenda energía del papa Hildebrando o Gregorio VII, quien obligó al emperador Enrique IV a hacer pertinencia frente al castillo de Canossa, no terminó el conflicto, que aún perduró muchos años y pareció haber beneficiado a la Iglesia y a los laicos, aunque muy poco al pueblo de Italia. El papa contó con territorios propios y se instauró el reino de Sicilia, a raíz de las invasiones normandas en el Mediterráneo.

El siglo XV, siglo de transición por antonomasia, tocaba a su fin.

Algo que parecía muerto, la vieja cultura greco-romana, daba síntomas de ser un cadáver viviente, en vías de renacer. A través de guerras intestinas, rivalidades de núcleos urbanos y, sobre todo, de familias patricias, la tierra malherida sanaba de sus quebrantos y se habían ido formando...

# PROLOGO

La Italia del Renacimiento fue concebida por la inmensa península a fines del siglo XV. Al extinguirse el Imperio de Occidente bajo la planta implacable de los bárbaros, eliminado Rómulo Augústulo por el hérulo Odoacro, caudillo de sus tropas mercenarias, la fracción de Oriente, permaneció todavía mil años a partir de Teodosio y debía sostenerse hasta 1453, el año en que cayó Constantinopla en poder de los turcos. Durante aquel periodo, la península itálica conoció toda clase de tumultos y calamidades y el bien Justiniano disputó con fortuna, a base de sus generales Belisario y Narvándalo, el predominio de las hordas Germánicas, el visigodo Alarico y el vándalo Geriserico, saquearon Roma, en 410 y 455 respectivamente y la península itálica acabó por verse de extremo a extremo bajo soberanías bárbaras. La irrupción mongólica de Atila, desviada por la grandeza del papa León I, no afectó a Italia, pero sí hubo de resignarse a admitir en su seno a los más bárbaros entre los bárbaros o sea, los longobardos, acaudillados por su rey Alboino, llamados a mantener su dominación en el Norte y el Centro, más de doscientos años. La capitalidad de Roma, había sufrido un eclipse completo y por mucho tiempo fue Pavía quien hizo sus veces. Mas como los bizantinos ni por un momento dejaron de bregar por su predominio parcial sino total, la península se vio escindida y la sangre corrió a torrentes. A diferencia del ostrogodo Teodorico, admirador de la cultura romana y bien dispuesto a asimilar sus leyes, los longobardos no quisieron oír hablar de convivencia pacífica y mucho menos de fusión de razas y credos. En cierto modo su cerrazón fue precursora de la política china actual. Los ítalos en la zona de los longobardos, vivieron en su época como esclavos y tenidos por raza inferior a modo de idiotas. Todo aquello desapareció no muy tarde y la gran masa de pueblos italianos se vieron sojuzgados por el imperio de Oriente. Los invasores de 578, no dejaron otra



## ***El príncipe***

*Nicolás Maquiavelo*

Edición: 2014

© Derechos reservados conforme a la Ley, 2014

**Ediciones Leyenda, S.A. de C.V.**

Ciudad Universitaria No. 11

Col. Metropolitana 2a. Sección

Ciudad Nezahualcóyotl

Estado de México

C.P. 57740

Tel.: 57 65 73 50, Tel./Fax.: 57 65 72 59

**ISBN 968-5146-16-0**

Miembro de la Cámara Nacional  
de la Industria Editorial, Reg. No. 3108

Prohibida la reproducción parcial o total de este libro por cualquier medio, ya sea magnético, fotográfico o facsimilar, o cualquier otro, sin el permiso específico por escrito del editor.

**[www.edicionesleyenda.com.mx](http://www.edicionesleyenda.com.mx)  
[ediciones\\_leyenda@yahoo.com.mx](mailto:ediciones_leyenda@yahoo.com.mx)**

Impreso en México - Printed in Mexico

**Nicolás Maquiavelo**

# **EL PRÍNCIPE**

Espino Jimenez Andree Fernando

